

Editorial invitado

Diálogo sí, subalternidad de ninguna manera

Miguel Miranda Aranda

Miembro del Consejo Asesor Editorial de la RTS. Facultad de Ciencias Sociales y del Trabajo de la Universidad de Zaragoza

Confesaré que el primer borrador escrito para este editorial lo he tenido que desechar por la simple razón de que me he dado cuenta de que estaba repitiendo las ideas expuestas por quienes me han precedido en este honor que nos ofrece la RTS como editorialistas invitados, y que también son mis obsesiones: la necesidad de seguir trabajando en construir una identidad profesional clara, la recuperación de la historia del Trabajo Social poniendo en valor las figuras de nuestras pioneras hasta no hace mucho ignoradas y despreciadas, poner en valor las numerosas buenas prácticas profesionales que en demasiadas ocasiones permanecen invisibilizadas porque no se comunican al colectivo profesional, no se escriben ni se publican (y esto incluye intervenciones a escala grupal y comunitaria, que son más abundantes de lo que parece a primera vista), el fomento de la investigación con la consiguiente teorización propia sobre nuestro propio terreno, el reforzamiento de las revistas científicas como esta, que facilitan la comunicación sin barreras geográficas, el convencimiento de que el conocimiento científico se construye globalmente y ello implica romper fronteras de todo tipo, incluidas las lingüísticas, para posibilitar ese diálogo que sí existe en otras profesiones, el necesario diálogo entre el ámbito académico y el ámbito de la práctica directa, la necesaria formación permanente en un mundo cambiante y complejo en el que el conocimiento científico no se detiene huyendo de un mero practicismo...

Cuando la RTS te ofrece esta posibilidad, un honor sin duda y una especie de cerrar un círculo en el tiempo, para quien la utilizaba como libro de cabecera en los inicios profesionales, allá por los 70, es comprensible que se trate de aprovechar la ocasión para trasladar al colectivo profesional las preocupaciones propias de un veterano enamorado de su profesión y de su disciplina. Pero, como digo, el lector encontrará todos estos temas en estas páginas magníficamente tratados por otros editorialistas y articulistas. En consecuencia, trataré de ser un pelín original e incluso provocador y sin duda molesto para algunos. Nunca me quedé callado, ni ante la perspectiva de posibles y certeras represalias que, por otro lado, me resultan insignificantes.

Sin duda nuestras pioneras nos aconsejaron mantener el diálogo con las ciencias afines. No hay más que leer a M. Richmond para ver cómo dialoga con la medicina, el derecho, la filosofía, la antropología... Sus notas a pie de página de su obra de madurez (*What is social case work*) son una invitación a conocer la obra de los intelectuales más sobresalientes del

momento. También son muy sugerentes las citas que pone al principio de *Social Diagnosis*: una de James Jackson Putnam, un médico neurólogo fundador de la primera clínica neurológica que más tarde fue el Departamento de Neurología de la Harvard Medical School, uno de los introductores del Trabajo Social en los hospitales, con Cabot, impulsor de la Sociedad de Higiene Mental y colaborador de las C. O. S. además de pragmatista, amigo de W. James. La segunda es de Cooley, más conocido, profesor de la Universidad de Michigan. Y la tercera es de Hans Gross, un jurista austriaco considerado padre de la criminalística, el estudio científico del delito, en la Escuela de Criminología de Graz.

Helen Harris Perlman en el prólogo de su magnífico libro *Social Casework* califica de brillante *Social diagnosis*, la monumental obra de investigación de Richmond al que califica como “el primer y más sobresaliente esfuerzo hacia una organización y ordenación de los procesos del *casework*, seleccionando y aplicando algunos de los sistemas operativos vigentes en leyes y medicina...”. Si nos vamos de las C. O. S. a los Settlement, de M. Richmond a Jane Addams, es de cita obligatoria la obra de Mary Jo Deegan que tiene el significativo título de *Jane Addams and the Men of the Chicago School, 1892-1918*, en el que la socióloga canadiense, además de reclamarla como socióloga (por hacer investigación, como si las trabajadoras sociales no lo hubieran hecho desde el principio), la reconoce como la líder de todo el movimiento progresista, caldo de cultivo de los pragmatistas, interaccionistas y de tantos trabajos de aquella escuela donde los hombres (Park, Thomas), mandaban invisibilizando la contribución femenina a la que preferían solo en el ámbito de la intervención, reservándose para ellos el privilegio de pensar, de teorizar, incluso de ocupar la docencia universitaria.

Pues bien, es evidente que aquella práctica de diálogo interdisciplinar y aquella recomendación de Richmond a las siguientes generaciones se han cumplido sin género de dudas. M. Payne defiende que “las teorías de la acción social pueden ser entendidas relacionadas unas con otras como si fueran un cuerpo global de conocimiento” y dichas teorías que tratan de explicar, describir o justificar lo que hacen los trabajadores sociales son evidentemente compartidas con otras disciplinas y llegaron al Trabajo Social gracias a ese diálogo que se inició tan tempranamente con la filosofía (pragmatismo), la psicología social (el interaccionismo) y que continuó con el psicoanálisis en cuanto llegó a los Estados Unidos (Hamilton, Hollis, Robinson, Taft, Perlman) y en las siguientes generaciones. Y se siguió dialogando con el marxismo y la sociología crítica, con Bertalanffy y su teoría general de los sistemas, y con cualquier otra teoría que pudiera ser útil al Trabajo Social sin perder la identidad. Esto no lo hace solo el Trabajo Social, sino cualquier otra disciplina. Nadie puede permanecer en un compartimento estanco ignorando lo que se crea a su alrededor. El Trabajo Social, tampoco.

Ahora bien, y voy acabando, ese diálogo no significa sumisión, subalternidad frente a la hegemonía de otros (Gramsci). En ningún caso significa que el Trabajo Social sea una pista de aterrizaje para colonizadores, en

demasiadas ocasiones rechazados por sus ámbitos “naturales” que siguen pretendiendo liderar una profesión y una disciplina que no es la suya, y además con aires de superioridad y una pretendida innovación. Lo afirmo con contundencia en la presentación del volumen II de *Lo social en la salud mental. Trabajo Social en Psiquiatría*. Estamos hartos, pero verdaderamente hartos, de la gente que, amparada en normativas irracionales, pretende colonizarnos, como si estuviéramos necesitados de sus grandiosas aportaciones que por lo demás pasan en gran parte desapercibidas, aunque, eso sí, se publiquen en revistas de mucho impacto que casi nadie lee. El Trabajo Social tiene ya una larga trayectoria, es una profesión en la que para ejercer hay que tener la acreditación académica que corresponda en cada país. Y es una disciplina que dialoga, pero no en una permanente minoría de edad que solo existe en la cabeza de aquellos que buscan su lugar en el mundo al amparo del discurso de la transversalidad. Y como es obvio... para enseñar algo hay que conocerlo previamente. Y choca encontrarte con gente que al amparo de esa legislación irracional pretende enseñar para el ejercicio de una profesión que ellos mismos no podrían ejercer. Si no se puede enseñar medicina sin ser médico, ¿por qué sí se puede ser profesor de Trabajo Social en cualquiera de sus modalidades? Esta realidad es una falta de respeto a la profesión que a muchos nos resulta intolerable y sobre la que los órganos corporativos, como harían otros en su caso, deben, a mi juicio, reflexionar y actuar.

No puedo acabar sin dedicar en estas páginas un recuerdo emocionado a la profesora Mercedes Vilas, recientemente fallecida en Barcelona, ciudad a la que se retiró tras su jubilación en la Universidad de Zaragoza. Una catalana que dejó huella en generaciones de alumnos y alumnas. Culta, sabia, templada, excelente supervisora, profesora querida. No fui alumno suyo, pero sí compañero y sucesor en sus asignaturas. Siempre te recordaremos.